

**La Courtille-Coquenard.**

La Grange-Batelière comenzó por llamarse la *Grange Bataillière (Granchia-Batiliaca)*, dicese que en memoria del monje Abbou, del Campo de Marte, que en la novena centuria se extendía por todo el espacio comprendido entre Montmartre y París. En 1520 este campo de justas había desaparecido, y la denominación de *Batalladora* no tenía razón de ser. Por eso se transformó en la *Granja de los barcos* ó *Granja Batelera*, y la razón de este apelativo no es difícil de descubrir. Situada la granja en uno de los terrenos bajos, pantanosos, al cual aflúan todos los arroyuelos que descendían del Prado de San Gervasio, parecía un islote, y hallábase rodeada del agua que llenaba los antiguos fosos.

La *Granja-Batelière* era el punto de cita de los parisienses que querían hacer una partida de campo. Para entrar llamaban á la hija del granjero (que según las crónicas era muy hermosa), y ella acudía con su barca á pasarlos. En su casa encontraban los parisienses pan, manteca, leche, huevos, pollos y jamón, sazonado todo con alegría y amor. Las excursiones á la Granja-Batelera eran, pues, deliciosas.

En el siglo xvii la granja fué propiedad de Guido de Laval, y en ella se encontraban exquisitos pasteles y empanadas y excelente vino del cosechero, y corrompió su nombre de *Batelera* por el de *Gastadera*; pero en tiempos de Luis XV recobró el nombre anterior, aunque el gran albañal que reemplazó al arroyo de Montmartre, en vez de sanear el pantanoso barrio, sólo consiguió cargarle de fétidas emanaciones.

Aquel lugar era como una especie de cuartel general de mendigos y malandrines de baja estofa, vagos y pilletes que se trató de recluir en el Hospital General, y que preferían á un lecho de asilo aquella vida de libertad en el fango. El Sol no se levantaba nunca sin que retiraran del albañal algunos borrachos caídos á la salida de cualquiera de las tabernas de la *Courtille-Coquenard*. Por estas y otras razones nadie se curaba de edificar en aquel barrio, que

servía de cloaca á París, y que carecía de salubridad y de seguridad.

Rara vez los caballeros se aventuraban por aquel sitio de asechanzas y emboscadas. Algunos años más tarde toda aquella pillería había de ser desterrada de allí por otra clase de ladrones más terribles todavía, pues, protegida y poderosa, iba á armarse para desbalijar en grande no sólo á los particulares, sino al reino.

Por lo pronto, en derredor de la *courtille* elevábanse muchas hosterías que tenían su clientela particular, entre la cual difícil en sumo grado hubiera sido encontrar una persona honrada.

Inútil es decir que las rivalidades de oficio y de corporación provocaban continuas riñas, en las cuales resultaban víctimas; pero el albañal recogía los cadáveres y nadie se preocupaba de ello.

Dos de estas tabernas gozaban de fama excepcional, y eran rivales implacables. Situadas frente á frente, la una se llamaba el *Mesón de los Sacamantecas*, y la otra *La Cueva Hedionda*. La primera era la guarida de los espadachines y matones: nadie podía entrar en ella sin llevar espada al cinto, y aquellos asesinos habían formado una especie de francmasonería que elegía un jefe vitalicio al que obedecían ciegamente. El mesonero era un afiliado: el jefe de

la temible asociación en la época de nuestro relato era un tal Blancrochet, esgrimidor habilísimo, y su teniente Damby; ambos se jactaban de diestros, y tenían academia de estocadas secretas. En el establecimiento no admitían mujeres, de cuya lengua desconfiaba, y casi siempre los mozos eran reclutados entre los mudos de nacimiento.

La *Cueva Hedionda* debía su nombre á una cloaca que bañaba un costado de la casa, y que en verano exhalaba un olor fétido muy acentuado. Cuando se desecó, halláronse entre las inmundicias huesos humanos que los clientes de la *Cueva* aseguraban haber arrojado en la cloaca los parroquianos del *Mesón de los Sacamantecas*. Contrariamente á ésta, la *Hedionda* estaba regida por mujeres. La tabernera era una picarda alta y fornida, robusta y gigantesca, bizca y que cojeaba un poco. La rodeaban media docena de marimachos por el estilo, aunque no tan feos, hembras de vida airada, con las pistolas cargadas al alcance de las manos y sus afilados puñales en la cintura. Bebían y trincaban con los clientes, y los desbalijaban cuando bien les parecía.

Aparte de que para entrar en la taberna de enfrente había que efectuar pruebas y presentar cartas de nobleza... criminal, los dos figones tenían poco más ó menos la misma clien-

tela. Allí los profesionales, los maestros del asesinato; aquí los aprendices, los aficionados, los aventureros. La policía no ponía nunca los pies en aquellos dos antros.

Gualter Gendry y *el Ballena* formaban parte de la francmasonería de los *Sacamantecas*. Ambos fueron recibidos por Blancrochet con los brazos abiertos, pues los conocía desde mucho antes y sabía muchas de sus hazañas.

Sin embargo, Gendry no se atrevió á presentar á sus cofrades los dos jóvenes asociados, pues para entrar en aquel figón no bastaba ser hijo de su papá, sino haber ganado por sí mismo las espuelas de oro del crimen. En consecuencia, Luján y Pinto se aposentaron en la *Cueva Hedionda*, cuya dueña los recibió lo más amablemente del mundo, tanto por lo guapos que eran como por creerlos demasiado pipiolos y fáciles de desplumar. Sin embargo, Gualter conocía las mañas de la mujerona, y con su previsión guardó las economías de los *muchachos* en lugar seguro; en su bolsillo.

Las dos parejas afectaban no conocerse; pero á buena distancia de los respectivos figones se reunían y entraban en París juntos, dispuestos siempre á obrar de acuerdo.

Lagardère seguía ausente de París. Siguiendo su recomendación, Aurora y Cruz continuaban recluidas en el palacio, al cual acudían

asiduamente Chaverny y Navaille con propósito de distraerlas y alegrarlas en lo posible. Antonio Laho no salía de la casa y vigilaba incansablemente. En cuanto á Cocardasse y Passepoil, se aburrían de su forzosa inacción. No se atrevían á ausentarse del palacio; pero languidecían visiblemente: el gascón hasta se olvidaba de beber.

—¿No te parece, pichón, que el estarnos aquí metidos nos enmohece los brazos y las espadas?

—Tienes razón, mi noble amigo. ¡Y pensar que por esas calles hay cada palmito que da gloria verlos!

—Pues idos á contemplarlos—interrumpió Chaverny, que había entrado sin que le vieran.—¡Pardiez! ¡No hace falta que os quedéis aquí siempre! Os doy suelta por toda la tarde; pero no dejéis de estar de vuelta á la noche.

El semblante de los diestros se iluminó.

—Estaremos, á fe de Cocardasse. Vamos á ver si ese pícaro Sol está tan alto como antes, y volveremos cuando se vaya.

Una vez en la calle tomaron vientos, indecisos acerca del itinerario que debían seguir, y de común acuerdo, después de pesar el pro y el contra, enderezaron sus pasos hacia Montmartre, precisamente del lado de la *courtille* Coquenard. Las gentes más avisadas suelen te-

ner esas inspiraciones desdichadas que las impulsan á ir á los sitios que debían evitar. Nadie es señor de su destino: los dos diestros, que no dudaban de nada desde que estaban al servicio de Lagardère, hubieran ido tranquilamente al Infierno si creyeran que en él habían de divertirse. Desde Montmartre al gascón le pareció que París era mucho más pequeño de lo que se figuraba:

—¡Cuernos de Satanás! ¡Si alguna vez tuvieran la idea de cerrarnos al pichón y á nosotros dos las puertas de la ciudad, nos meteríamos la ciudad con puertas y todo en el bolsillo!

Y este discurso gascón dió á Cocardasse una sed endiablada. Pero tenían á pocos pasos la *Granja Batelera*, y Passepoil siguió á su compañero suspirando, pues él, más que sed de vino, tenía sed de amor.

## II

### En el figón: «La Cueva Hedionda»

Cocardasse y Passepoil, siempre de acuerdo en las circunstancias más graves de la vida, no lo estaban generalmente cuando se trataba

de futilidades. Cuando uno quería ir por la derecha, el otro prefería la izquierda, no por afán de contradecirse, sino por la disparidad de gustos predominantes. Colocados entre el *Mesón de los Sacamantecas* y *La Cueva Hedionda*, se hallaban como el asno de Buridan. El gascón, por la muestra, se inclinaba á penetrar en la primera, creyéndola centro de reunión de los gentileshombres parisienses, de la gente de espada; pero el normando entrevió unas faldas en la segunda, y fué de distinta opinión.

—¡Alto ahí!—exclamó.—Si hemos de gastar un escudo de plata, más vale que caiga en manos de una muchacha hermosa que en la escarcela de un bandido! Vamos á ésta.

—¡Siempre el sexo, mi pobre Amable!

—¿Y qué te importa á ti, con tal que te den de beber?

—¡Mal pecado! ¡Tienes razón! Vamos ahí, puesto que lo prefieres, y veremos si Baco y Venus siguen siendo buenos amigos.

No eran apenas las cuatro de la tarde. El figón estaba casi vacío: los habituales comensales hallábanse atareados en sus negocios, ó, mejor dicho, en los negocios de los otros; y la tabernera acogió á los dos diestros con la más melosa de sus sonrisas.

—¿Qué quieren que les sirvamos los señores? Pueden pedir lo que se les ofrezca: pastel

de venado, huevos, cerveza, vino, gallinas, un capón...

—¡Cuernos de Satanás! Ante todo queremos jugo de uva. Hemos venido mi amigo y yo á pie desde París, y tenemos la garganta seca.

—Perfectamente. Tengo un vinillo de Chartreux de Vauvert, de una viña que tenemos en arrendamiento, y con seguridad que no lo hay tan bueno en París. Prbadlo.

Sirvióles inmediatamente. Á Cocardasse le pareció bueno, y comenzó á beber con intima satisfacción. La figonera, con gran contrariedad de Passepoil, guardaba todas sus atenciones para el gascón; y tanto se insinuó, que éste se dió cuenta de ello y con su franqueza habitual exclamó:

—¡Cuernos de Satanás! ¡No he pretendido nunca invadir las tierras de mi compañero! Si tuviéramos los mismos gustos, ya nos hubiéramos agujereado el pellejo más de una vez; pero á mí no me engatusan las mujeres. La mejor hembra, en mi opinión, es la botella. Las demás me tienen sin cuidado.

Dióse por advertida el marimacho, y llamó á la puerta de Passepoil, que no deseaba sino abrir. Á ella el hombre le tenía sin cuidado: lo que buscaba eran los escudos. En lo mejor de su labor de seducción se abrió la puerta del mesón

y entraron dos jóvenes. La tabernera frunció el ceño. Á ella no le estorbaban, pero podían estorbar al normando. El gascón se quedó mirándolos y dejó en la mesa el vaso, que se llevaba ya á los labios.

—¡Voto á bríos! Pollitos, me parece haberos visto en alguna parte. Decidme: ¿no habéis estado en nodriza por Bayona ó sus alrededores?

Los individuos habían comenzado á jugar á los dados y no hicieron caso. El gascón descargó un tremendo puñetazo en la mesa y se levantó. Acercóse á ellos, y gruñó malhumorado:

—Cuando Cocardasse os hace la honra de dirigiros la palabra, muñecos, hay que contestar, ¡mal pecado!

—Respondemos cuando nos place y se nos interroga en buena forma—contestaron ellos levantándose á la vez.—¿Qué queréis?

—Quiero saber dónde estabais antes de venir á París, y si no estabais hace poco rondando por la frontera de España.

—No tenemos que dar cuenta á nadie de nuestros actos, y menos á desconocidos.

—¡Cuernos de Lucifer! ¡Pues vais á dármela á mí!—rugió el gascón sacando su tizona.—Si mal no recuerdo, he hecho hablar antes que á vosotros á un español compañero vuestro, que tampoco quería decir nada.

Los dos jóvenes trocaron una mirada rápida, y se pusieron en guardia sin pronunciar palabra.

—Era un catalán llamado Morda—continuó el diestro,—á quien enseñé á bailar la danza del oso una noche que debéis de recordar. ¡Eh, Amable: mira un poco á estos pollitos! ¿No te parece que los hemos visto en Bayona?

Uno de los jóvenes soltó una carjaca.

—¡Pardiez! ¡Este hombre está borracho! ¡Juraría que no ve bien! ¡Id á buscar semejanzas á otra parte, y dejadnos seguir nuestro juego, á menos que queráis jugar á otro que es peligroso.

¡Era prender fuego á la mecha. Passepoil se levantó, desenvainó á su vez, y los adversarios se colocaron frente á frente á los dos extremos de la sala. Ibo de Luján cara á Corcardasse, y Rafael Pinto vis á vis de Passepoil. Los aceros iban á cruzarse, cuando la figonera se plantó en medio de los combatientes empuñando una pistola en cada mano.

—¡Nadie se bate en mi casa sin mi permiso—exclamó,—y los caballeros que honran con su presencia mi hostería no salen de ella con los pies para adelante! Partís, indudablemente, de un error. Envainad y explicaos. Hablando se entiende la gente.

El primero que obedeció fué el normando. Aquel acto de la hostelería centuplicó la admiración que por ella sentía!

—¡Abajo las armas, señores; remitámonos al fallo de la belleza.

Naturalmente, al marimacho le tenían sin cuidado los lances, y más de una vez habían salido cadáveres los que entraron en el figón llenos de vida; pero después de desplumados, no antes. Y como se había propuesto estrujar la bolsa de Passepoil y no quería hacerlo de una vez (ni tuvo tiempo), intervino para no perder las *plumas* con que contaba. En su opinión, los jóvenes darían buena cuenta de los nuevos clientes, y claro, entonces no perdería ella nada; pero podía hacer el Diabolo que resultase lo contrario, y entonces no volverían más por la *Cueva Hedionda*.

Para calmar la cólera de Cocardasse le sirvió de beber, y luego, con objeto de reconciliarlos, invitó á los jóvenes. Cuando hubieron vaciado juntos unas botellas la conversación tomó otro giro:

—Sin embargo—continuó el gascón, preocupado con su idea,—hubiera jurado que os había visto en Bayona.

—Llegamos de Marsella hace seis días.

—Y decidme: ¿no conocéis á Gualter Gendry?

—¿Gualter Gendry? ¿Quién es? Nunca he oído ese nombre.

—Ni yo tampoco.

—¿Y el *Ballena*?

Echáronse á reír.

—¡Pues chocad, sangre de Cristo! Recibid mis excusas. Traednos dos jarros más, hermosa, y haced el favor de acompañarnos. Cocardasse siempre honró el valor de las mujeres y la juventud. ¡Vive Dios!...

Si se jugaba firme, se trincaba y se batían en los figones del centro de París en las barbas del gobernador M. de Tasmés, calcúlese lo que podría pasar en los parajes donde no se atrevía á penetrar la policía y donde el juego, el amor y el crimen campaban á sus anchas y sin trabas.

En la *Cueva Hedionda* se jugaba menos fuerte que en los garitos de la princesa de Cariguau; pero una parte de las ganancias pasaba al bolsillo de la figonera, que tenía organizado el juego á su manera y en favor suyo.

Cocardasse, medio embriagado por el vino de Vauvert y Passepoil por el amor de la mesonera, eran fáciles de desbalijar; pero el marimacho no quería escamarlos por temor de que no volviesen otro día, y con ánimo de desplumarlos poco á poco.

Ibo de Luján y Rafael Pinto por su parte

pretendían hacerlos volver otra tarde para ponerse de acuerdo con Gendry y el *Balleua*, ó, en todo caso, que no se fueran hasta la noche, y entonces los acompañarían á París; y como habían de hallar en el camino á sus dos camaradas, podían ver lo que les convenía hacer.

Todos tenían, pues, interés en tratar bien aquella tarde á los dos diestros, y éstos no tuvieron que desembolsar más que unos escudos de plata por sus pérdidas en el juego y el vino bebido. Cada vez que se iba de la mesa la mesonera, Luján, dando con la rodilla al normando, le decía:

—¡Nadie sabe lo que encierra la cabeza de las mujeres, monsieur Pazeipoil! ¡Ésa ha resistido firme á más de un galán aceptable! Sin ir más lejos, á nosotros.

—Y sin embargo, sois jóvenes—contestaba el normando con cierta fatuidad.

—Jóvenes y nada feos. Sin embargo, no tiene ojos sino para vos: la habéis flechado.

Cocardasse aprobó, diciendo:

—¡El amor es ciego!

Y Pinto añadía:

—¡Pero no se ganó Zamora en una hora! Como volváis mañana ó cualquiera de estas noches...

Estas palabras recordaron á Passepoil la

promesa hecha á Chaverny: se levantó, é hizo seña á su compañero. La figonera acudió.

—¿Cómo es eso, caballeros? Precisamente acabo de poner un capón en el asador para vuestra cena: yo creía que no os iríais antes de media noche.

—¡Imposible!—replicó el gascón.—La invitación es amabilísima, y la compañía también; pero, ¡voto á bríos!, cenamos esta noche con una princesa á quien hemos dado palabra de no faltar.

La figonera hizo á Passepoil varias mone-rías y le dijo:

—Por esta noche pase tu princesa; pero soy celosa. Júrame que mañana estarás aquí más rato.

—¡Te lo juro!

—¡Eh, palomos! ¡Basta de arrullarse, y vamos!

—¿Me promete volver mañana, M. Cocardasse? ¿Seréis de los nuestros?

—¡Desde luego; vuestro vino me place. ¡Vamos!

—Tengo vuestra palabra, señores. Hasta mañana.

—¡Hasta mañana!—repitieron Pinto y Luján.

Y los dos diestros se fueron tan ufanos á